ESTUDIOS

Clásicos de América

Manuel González Prada

LA gente que maneja números suele pensar que ella es la única con sentido positivo. Suponiendo que sea cierto, tenemos que considerar por qué, de diversos meridianos, convergen hacia el lector común —el *common reader*, como dicen ciertas gentes de cultura inaccesible— colecciones de clásicos europeos y de clásicos americanos también. El editor dista un poco de ser ese dechado de virtud y desinterés que imaginan los autores inexpertos. Al contrario, tiene que dejarse llevar por la seducción pitagórica —según se disfraza el cálculo— y aderezar con guarismos los ensueños del cliente.

Uno, dos, tres, cuatro, hasta cinco editores por lo menos se consagran en parte no despreciable a desempolvar Lucianos y Platones, Quevedos y Racines, Shakespeares y Homeros; al par, con menos acuciosidad, salen a relucir Colones y Bolívars, Martíes y Sarmientos, Hostos y, ahora, también González Prada. De Buenos Aires y de Santiago emanaba aquel impulso. Ahora se suma otro nuevo. Bajo nuestros ojos exhibe su impresionante volumen el primer tomo de la Biblioteca de CLASICOS DE AMERICA que imprime el *Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana*. Es la *Antología poética* de don Manuel González Prada. Y, como reuniendo en un haz de admiraciones plurales, luce en el exergo, prologuista cumplido, minucioso y sagaz, el nombre de un

poeta y crítico colombiano ya de fuste: Carlos García-Prada. Permítasenos dialogar un poco con este colombiano lírico a propósito de un viejo lirismo nuestro, cada vez más teñido de realidad: sobre Prada y su poética. Tanto mejor cuanto que no hace mucho, preludio de esta gavilla magnífica, nos dió su hijo Alfredo, fidelísimo albacea, el regalo de *Baladas*, libro impar en la historia del romanticismo y hasta del premodernismo de nuestros lares.

Imaginemos el año 70, cuando don Manuel tenía veintidós años — no veintiséis como se obstina en señalar don Ventura García Calderón. El parnaso del Continente sonaba a fauna tropical. Sinsontes y ruiseñores poblaban los ámbitos con sus incesantes píos. Estaba de moda el suspiro. Caudalosa cual nunca, la musa americana redoblaba sus decoraciones. Entre un mar de retóricos llantos, bogaban barcos de supuestas remembranzas, y, cabe castillo de adobe y quincha, empinaban la voz cruzados de vihuela y poncho. Si acaso, por justificar la predilección por lo pasado, algún ripio indiscreto acudía a despertar de su sueño a este virrey o a aquella damisela. Las tradiciones poéticas —y en prosa— a lo Zorrilla o a lo Bécquer, a lo Schiller a veces y siempre a lo Duque de Rivas, iban dejando a su paso regueros de estocadas y, nuevamente, suspiros y ojerás. Fué entonces cuando la juventud pulcra y sin rimbombo de don Manuel González Prada dióse a rítmicas quejas en lenguaje parco, desprovisto de hinchazón y latiguillo. Principió a componer baladas, y a parafrasear o traducir las de otros que no se llamaban Hugo ni Musset, Nerval ni Vigny (mucho menos Espronceda) sino Goethe y Rückert, Chamisso y Schiller.

Las *Baladas* de González Prada son una lección saludable, aunque sea retrospectiva. Cuajó sus temas en pequeños cantos. Rindió pleitesía —lo inevitable— a nereidas y blondas diosas; pero también utilizó el lenguaje que así se le brindaba, conciso y másculo, para rememorar viejos episodios de su estirpe, de los indios peruanos, en las tersas páginas de lo que después ha pasado a ser las *Baladas peruanas*. ¡Decidor contraste el de estas baladas sobrias, prietas de sugerencia y música, a despecho de su esquematismo, frente al raudal

de ayes e imprecaciones bajo el cual quedó exánime, acezando, pávida, la pobre musa romántica de nuestros bohemios byronianos y zorrillescos del 70!

El señorío de Prada, a veces excesivamente lapidario, y, por lo tanto, rebuscado en su prosa, vuelve a sus fuentes en el verso de las *Baladas*, adelgazándose hasta convertir la subraya en sugestión, la sonrisa en insinuación, en pestañeo el lamento. Señorío que cultivó para el verso ese precepto que no es de versificadores, pero sí de hombres, y de hombres corrientes —ave rara— según el cual “hay que tener tiempo para ser breve”.

Pero una *Antología poética* podría malograr el acendrado encanto de las *Baladas*. Podía romper la austeridad solemne de aquel puñado de evocaciones y anhelos, concisos como órdenes de mando. No ha sido así, pese al temor. La *Antología* corrobora lo que siempre hemos creído algunos: que lo de buena ley jamás corre peligro de aplebeyarse, aunque se lo confine entre plebeyos.

¿De plebeyos hablamos? Ya imagino la sonrisa aleve del adversario, la cejijuntez del amigo. No es para tanto. El “plebeyo” tiene aquí un sentido diverso al que se le adjudica en el diccionario y en la historia: dos grandes fuentes de errores. El plebeyo es aquí simplemente el cursi, o sea el de espíritu chato, sin capacidad de revestir de dignidad nada, certero en enturbiar lo más límpido. Plebeyo en tal sentido es, por ejemplo, más de un señor o señora aristocráticos que se lanzan a las letras como náufragos, la fauce abierta y el uñerío filoso y ávido. (He tenido que hacer un esfuerzo para no enumerar nombre alguno).

Por de pronto, la *Antología* es tan copiosa y la obra poética de Prada tan ceñida, que resulta casi una “colección” de poemas. ¿Cómo despedir mucho de *Minúsculas*, libro antológico *per se*? ¿De qué manera prescindir de no más de un veinte por ciento —utilizando términos comerciales— si nos referimos a *Exóticas*, manual de poética nueva de altos quilates? Y ¡cuánta injusticia al dejar de lado la mitad de las *Baladas*!

Alguien dirá: Quiere usted decir, entonces, que González Prada era un poeta eximio? Le contestaré con una referencia, lector suspicaz.

Según la mayoría de los críticos, Prada fué un eximio prosador y un mediocre poeta. Según un grupo más selecto —Henríquez Ureña entre ellos— fué un insigne renovador métrico, a más de gran prosista. Según mi opinión (nada modesta, pues no lo soy por la sencilla razón de que tampoco soy vanidoso, ni me empalidecen las carnes cuando otros críticos me dejan cual no digan dueñas, seguramente muy razonada y razonablemente) digo, según mi opinión: la calidad predominante en Prada fué la de Poeta, y todo lo demás le vino de contera, o sea por añadidura. El apóstol mismo fué un poeta herido en la médula de su dignidad y su esperanza. Y el polemista, poeta ganoso de restaurar la estatura de su ensueño. Y el crítico, no más que catador sediento de belleza. Y el combatiente, soldado de la justicia, que, según los griegos, se identifica con la verdad y, con ésta, la belleza.

Carlos García-Prada nos presenta con pericia lo que hay tras el verso de don Manuel. Dejando de lado sus innovaciones estróficas (de por sí título tan resaltante como el que, por igual razón, anotaba Rodó en el prólogo de *Prosas profanas*) y penetrando en la yema misma de su inspiración o motivación, tenemos que fué su poesía de una esbeltez tan lograda, que no es para percibida sino por sensibilidades alertas. De ahí que mientras críticos de emociones toreras discutan su calado, la gente de clave más fina —José María Eguren, César Vallejo, Abraham Valdelomar, Enrique Bustamante y Ballivián, refiriéndome sólo al Perú— le llamaran Maestro y siguieran tras de sus pasos, no ya en el plan de la insurgencia política sino en el de ajustamiento estético, en el de mondamiento retórico, a cuyo conjuro acuden hasta poetas que no le fueron a las rastras en su ideología: Alberto J. Ureta, pongamos por caso. Los triolets de *Rumor de almas* fueron absorbidos de los de *Minúsculas*, así como en *Simbólicas* de Eguren, y más aún, en *La canción de las figuras*, suele percibirse el galopar de "Los caballos blancos" de Prada. E igual

en Bustamante y Ballivián, el de *Arias de silencio*, que es el más exquisito.

Nuestro parnaso ha vivido, casi siempre, bajo batuta meridional: española o italianizante. A ratos, después de Rubén sobre todo, con cierta mesura francesa. Prada importó, o mejor dicho, traspuso, pues su temperamento contenido y pudoroso a ello lo inclinaba, traspuso la concreción germana al castellano. Cogió formas italianas y francesas, como odres inéditos, para verter en ellos el también inédito licor de su esquemático y ruboroso lirismo. Da la sensación, frente al vocinglerío continental, de un personaje de otra esfera. Algo así como la sonrisa de un Brummel en medio de una jarana de negros, o de una poetisa en medio de una algarabía de recitadoras profesionales. Claro: los negros y sus parientes juzgarían poco animado a Brummel, y las recitadoras profesionales, poco expresiva a la poetisa de veras. Pero un sólo *punch* de Joe Louis vale por millares de manoteos de viejas histéricas o chiquillos malcriados. Prada supo tener ese *punch*... estético.

Habría sorpresas, pues, al leerse la *Antología poética*. Y censuras, y aplausos, a la institución que así rompe a andar con sus CLASICOS DE AMERICA, elevando en el bauprés la carátula de Prada. Algunos habrían tolerado hasta que se principiara con este inconforme, siempre que le colocaran sus prosas (todavía hay en el Perú gente que lo llama "santón de las izquierdas", como queriendo infamarlo, y otros que, después de haberlo reconocido como nacionalista extremo, lo tildan hoy —vientre, tirano eres!— de extranjerizante y anti-patriota). Pero pocos serán los que esperaron ver tal colección encabezada por un poeta a quien, a lo sumo, reconocían virtudes métricas.

No es cosa alegradora el desengaño del vecino, aunque se apellide inteligente. Pero sí, ver restaurados en sus debidas dimensiones valores que la pereza, el prejuicio y la insensibilidad o cursilería (sensibilidad tuerta) han obliterado y mordido zafiamente.

A don Manuel González Prada le restituyen a su sitio

Carlos García-Prada (autor de una admirable *Antología de líricos colombianos*, en dos volúmenes, y jugosos ensayos) y los miembros del *Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana*, gente al margen de las *melées* absurdas, propias de cierto tipo de escritores para quienes el talento y la belleza se reconocen con arreglo a certificados policiales de buena (?) conducta, y sin parar mientes en que hay cosas, sucesos, corrientes y personajes felizmente más duraderos que el rencor, la mezquindad y la impericia.

LUIS ALBERTO SÁNCHEZ,
Santiago de Chile.